

EXHUMAR LO INCÓMODO O UNA BREVE INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA MORAL DE BERNARD MANDEVILLE

Laura Isabel Cruz Torres*

Resumen

Este texto busca introducir al lector en la filosofía moral de Bernard Mandeville (1670), filósofo del siglo XVIII aparentemente olvidado por la historia de la filosofía. El olvido de este pensador se debe a la censura de la que él y su obra fueron víctimas; Mandeville fue un pensador incómodo para los valores morales que se predicaban en su época y contexto geográfico. Este texto pretende rescatar el pensamiento y obra de este autor, indagar en las conceptualizaciones que constituyen el corpus teórico de su filosofía y valorar la vigencia de sus ideas en el mundo contemporáneo; *exhumar lo incómodo*.

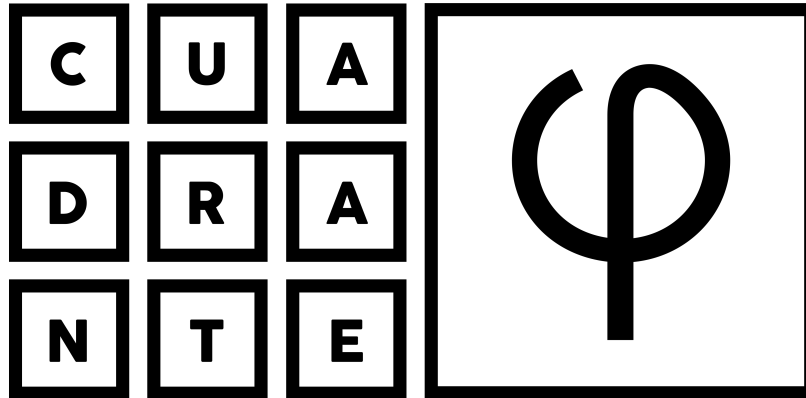
Palabras clave: Mandeville, Virtud, Vicio, Trabajo, Pasiones.

*Universidad del Valle

laura.cruz.1720@gmail.com

Recibido: 15 de noviembre de 2017

Aceptado: 18 de junio de 2018



Abstract

This text seeks to introduce to the reader the moral philosophy of Bernard Mandeville (1670), philosopher of the eighteenth century apparently forgotten by the history of philosophy. The forgetting of this thinker is due to the censorship of which he and his work were victims; Mandeville was an uncomfortable thinker for the moral values that were preached in his time and geographic context. This text tries to rescue the thought and the work of this author, inquire in the conceptualizations that constitute the theoretical corpus of his philosophy and value the validity of his ideas in the contemporary world; *exhume the uncomfortable*.

Keywords: Mandeville, Virtue, Vice, Work, Passions.

Puede que el nombre de Bernard Mandeville no signifique nada para los lectores de éste texto, incluso para algunos con vasta trayectoria en el estudio de la filosofía. Lo anterior es comprensible si tomamos en cuenta que, aparentemente, la historia de la filosofía moderna olvidó a este pensador del siglo XVIII. Ahora bien, ¿por qué sucedió esto? Sugiero que el olvido de Mandeville se debe, probablemente, a la potente censura de la que él y su obra fueron víctimas, Mandeville, fue sin duda lo que podríamos denominar un *pensador incómodo*. Incómodo para los valores morales que se predicaban en su época y que pululaban entre la población de la Europa ‘dieciochesca’. La incomodidad que nace de su pensamiento radica en que el proyecto de éste pensador consistía en demostrar que el anhelado progreso de las virtudes humanas no sería posible si este se encontraba ligado a la intransigente negación del *vicio* como un elemento fundante de la naturaleza humana.

El objetivo del presente trabajo es introducir al lector a la filosofía moral de este autor olvidado, tomando distancia de la pretensión de hacer una apología de sus ideas. Lo que se busca, sin duda, es rescatar su pensamiento como parte de la historia de la filosofía, indagar en las conceptualizaciones que constituyen el corpus teórico de su inquietante forma de ver el mundo y la sociedad, y, por último, valorar la vigencia de sus ideas en el mundo contemporáneo; exhumar lo incómodo.

Para cumplir con lo propuesto, abordaré dos ensayos del autor que están presentes en su obra *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*; los cuales se denominan: *Investigación sobre el origen de la idea de virtud* e *Investigación sobre la naturaleza de la sociedad*. Estos ensayos, pese a haber sido publicados en dos períodos diferentes se complementan muy bien y permiten dar cuenta, de forma sucinta y detallada de las conceptualizaciones que desarrolla el autor y de la forma que tiene de pensar la sociedad. Los ensayos en cuestión cuentan brevemente la historia de la construcción de la sociedad y como simultáneamente, conforme se constituye esta, se originan el vicio y la virtud. En estos, se plantea que son las cualidades egoístas las que nos posibilitan que los hombres puedan llegar a confluir en un constructo social y político.

El texto *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública* tardó 24 años en ser elaborado pues tiene una historia inmersa en el olvido, la censura, la escritura y la reescritura. Éste texto parte de un poema de 26 páginas que se publica de manera anónima el 2 de abril de 1705, el cual llevaba por nombre *El panal rumoroso o la redención de los bribones*. Aunque el poema tiene un éxito parcial, debido quizá a lo escandaloso de su contenido que logra llamar la atención, sólo se vuelve a imprimir en ediciones no oficiales. El poema se olvida durante casi una década y reaparece en 1714 como parte de *La fábula* el cual se imprime, nuevamente, de manera anónima con el agregado del ensayo “Una investigación sobre el origen de la virtud moral” y “Observaciones” que son textos en prosa de diversa extensión que Mandeville agrega para comentar los versos del poema original y desarrollar mejor las ideas contenidas en el

poema. Para 1723 aparece una segunda edición de la fábula la cual contiene dos ensayos más: “Un ensayo sobre la caridad y las escuelas de caridad” y “Una investigación sobre la naturaleza de la sociedad”. A partir de la segunda edición es que la obra cobra atención y comienza a ser fuertemente criticada y agredida.

La fama que adquirió la obra trascendió la academia y llegó a la opinión pública debido al escándalo que suponía su doctrina de la utilidad del vicio. La obra fue atacada y censurada desde el púlpito, reprobada por las sociedades para la reforma de las costumbres, criticada por Berkeley en un texto denominado *El Alciphron* y condenada dos veces por el Gran Jurado de Middlesex. Una de las denuncias que hace éste último la realiza el 27 de julio de 1723 proclamando al libro como una indecencia pública en el *London Journal*. Éste mismo jurado cinco años más tarde, el 28 de noviembre de 1728, decidió una vez más denunciar al autor a los impresores y editores del texto.

En respuesta a las denuncias Mandeville escribe una defensa en favor de su obra y la publica en el mismo periódico el 10 de agosto de 1723. Esta defensa la inscribe en las futuras ediciones de su obra junto con la denuncia del Gran Jurado. Finalmente, aparecen otras cinco ediciones de *La fábula* las cuales no contienen cambios en su pensamiento sino, únicamente, en cuestiones de estilo. Conforme se iba reimprimiendo y popularizando *La fábula* Mandeville escribía una segunda parte de la misma compuesta de seis diálogos donde se propone ampliar y defender sus doctrinas. Esta segunda parte se publica en 1728 con el nombre *La fábula de las abejas II. Por el autor de la primera*. A partir de 1733 se empiezan a publicar ambas obras juntas (Cfr. Kaye, 2001: XII-XXIV).

En el ensayo *Una investigación sobre el origen de la virtud moral* Mandeville recurre a la ficción a través de lo que podría considerarse un mito, como lo llamará la profesora Ríos (2002), para establecer cómo es con el origen de la sociedad humana que surge la virtud. El autor plantea que la ‘virtud’ y el ‘vicio’ surgen a raíz del encuentro humano y de la manipulación social de quienes hacen política ya que estos centran el beneficio en su propia persona y lo disfrazan de un espíritu público. Según Mandeville, los políticos encargados de organizar la sociedad disfrazan las pasiones y los vicios, mostrándolos cargados de beneficios públicos cuando, realmente, están impregnados de beneficios privados. Mandeville realizará esta búsqueda examinando al hombre en estado de naturaleza ignorante de la *verdadera divinidad*, es decir dejando cuestiones religiosas para centrarse exclusivamente en el hombre.

Mandeville parte del supuesto según el cual es necesario el gobierno para que exista y se pueda desarrollar la sociedad humana, pues, sin la intervención de éste los únicos capaces de vivir en comunidad serían aquellos que muestran menos inteligencia y que tengan menos apetitos que satisfacer. Esto es así porque el ser humano es, según Mandeville, un animal egoísta y obstinado y sin intervención estatal no sería capaz de convivir. Para sustentar esta tesis, el autor introduce un mito donde relata el origen de la virtud moral y plantea que aquellos que intentaron “civilizar” a la humanidad, los legisladores o políticos, entendían esta disposición natural del hombre. No obstante, de acuerdo con Mandeville, el objetivo que

han perseguido siempre los hombres de Estado es hacer creer que es mejor reprimir los apetitos que dejarse dominar por ellos y, más aún, que es mejor procurar el bien público antes que intereses privados.

Pese a ello, no hubo legislador que pudiese hacer creer esto al pueblo, y tras estudiar la naturaleza humana estos concluyen que por más bondadoso que fuese el hombre si no se le mostraba una recompensa por su acción no preferiría jamás el bien de otro antes que el suyo propio. En ese sentido, habría que buscar una recompensa con la cual los hombres sintieran provecho por sus acciones y tras encaminarse en este examen encontraron en la adulación la recompensa, pues los hombres tienen una cierta inclinación por la alabanza y rehúyen de su contrario, el desprecio.

Los legisladores encontraron en la adulación una fuente de control del pueblo y mediante esta dotaron al hombre de superioridad entre todos los demás animales; cuestión que permitió que se instauraran nociones como honor y vergüenza siendo una el mayor de los bienes y la otra el mayor de los males. Con estas nociones, se instituye lo que podríamos considerar la primera división social con lo cual enseñan a los hombres lo impropio que sería de tan excelsas criaturas dejarse llevar por los apetitos que tienen en común con los brutos ignorando la supremacía de la cual gozan (*Cfr.* Mandeville, 2001: 24).

Con base en lo anterior, los hombres de Estado parten a la sociedad en dos grandes grupos: el primero será el de los de hombres abyectos y ruines; egoístas quienes solo tenían intereses particulares, incapaces de abnegación y que sólo emplean su facultad racional para el placer sensual. El segundo grupo, el de los hombres nobles quienes viven lejos del egoísmo y logran dominar sus pasiones mediante la resistencia a ellas por el empleo de la razón. Estos últimos serán los verdaderos representantes de la especie y serán los animales perfectos para exhibir el *orgullo*, esto es, el resultado de la adulación. Cabe resaltar que entre más general sea la adulación mejor se sentirá el hombre pues de esta forma podrá disfrazar el goce personal que siente al recibirla. En palabras de Mandeville:

Es evidente, por lo tanto, que lo que indujo primeramente al hombre a sofocar sus apetitos y a dominar sus inclinaciones más queridas, no fue ninguna religión pagana ni otras supersticiones idolatras, sino la hábil dirección de los astutos políticos, y mientras más profundicemos en la naturaleza humana, más nos convenceremos de que las virtudes morales son la prole política que la adulación engendra en el orgullo (Mandeville, 2001: 28).

Con lo anterior queda demostrado que es el escenario político por medio del cual el hombre logra ser dominado para poder convivir con sus semejantes, igualmente, es mediante este escenario donde se dota de superioridad moral al hombre. La moralidad es el elemento del cual se bastaron para que los hombres se ayudaran entre sí, sin que dejaran de ser dóciles. Lo que les interesaba a los legisladores era promulgar el espíritu público para poder satisfacer sus propios apetitos y recoger los frutos del trabajo de otros. Es en el marco de la monopolización política del provecho propio donde nacen las concep-

tualizaciones de la virtud y de vicio. Así, vicio será toda acción que el hombre realice sin contemplar el bienestar público en aras de satisfacer sus propios apetitos; igualmente se llamará vicio a aquellas acciones que vayan en detrimento de la sociedad. Virtud será todo acto que contrario al impulso de la naturaleza propenda por el bien a los demás; también será denominado virtud todo acto que mediante un ejercicio racional consiga el dominio de sus pasiones con la intención de ser bueno.

Para Mandeville las acciones se realizan por la recompensa o beneficio que puedan surgir de ellas. No obstante, el móvil de las mismas no está basado en ningún tipo de benevolencia connatural al hombre. En este sentido, el autor se adelantará a una posible objeción que versa sobre la presunción de ciertas acciones que son posibles realizar en silencio las cuales contemplan la virtud como única recompensa (*Cfr.* Mandeville, 2001: 30). Ante esto el autor asegura que es imposible juzgar las acciones de los hombres a menos que se esté bien enterado de los móviles para obrar. Afirma que incluso la piedad, siendo la más dulce de nuestras pasiones, no deja de ser un impulso de nuestra naturaleza la cual no vela ni por el interés público ni por nuestra propia razón así que podría causar tanto bien como mal. Dice Mandeville:

La piedad ha contribuido a destruir el honor de las vírgenes y a corromper la integridad de los jueces; y aquel que la tome como un principio, por mucho que sea el bien que proporcione a la sociedad, no tiene que vanagloriarse más que de haber tenido acceso a una pasión que por casualidad ha resultado provechosa para el público. Ningún mérito hay en salvar a una inocente criatura que va a caer al fuego: la acción no es ni buena ni mala y, por grande que sea el beneficio que el infante reciba, no habremos hecho más que complacernos a nosotros mismos; pues el haberlo visto caer y no tratar de impedirlo nos hubiera causado una pena que el instinto de conservación nos impulsa a evitar. (Mandeville, 2001: 31)

Mandeville finaliza esta línea argumentativa con una observación más planteando que los hombres que definitivamente sin obedecer a un mandato y sin más motivo que la bondad realizan en silencio una acción meritoria, han adquirido una noción ‘refinada’ de virtud. Pese a ello no puede decirse que no exista en ellos por pequeño que sea algo de orgullo el cual se manifiesta por el placer o la satisfacción que emana de realizar una acción virtuosa. Así, queda demostrado por el autor que toda acción se realiza por la satisfacción que devendrá de ella y que toda pasión está guiada por el amor propio. Afirma:

Y el hombre más humilde entre los vivos tiene que confesar que la recompensa de una acción virtuosa, o sea la satisfacción que de ésta emana, consiste en un cierto placer que, unido a la ocasión que le dio lugar, constituye un signo tan cierto de orgullo, como el temblor y la palidez ante un peligro inmanente son síntomas del miedo (Mandeville, 2001: 32).

El pensamiento de Mandeville va en contra de todos los ideales de fraternidad y bondad que pululaban en su época, de aquí que afirme en este texto que es un pensador incómodo. Ahora bien, ¿cuáles eran los valores del siglo XVIII y por qué Mandeville estaba tan alejado de ellos? Esta pregunta la respon-

derá en su ensayo *Investigación sobre la naturaleza de la sociedad*, en este ensayo retomará algunos postulados de la primera Investigación e irá un poco más allá en lo que concierne a definir y redefinir la virtud.

El autor que se contrapone a todos los postulados de Mandeville es el Conde de Shaftesbury para quien el hombre ha de nacer con un bondadoso afecto con el conjunto del cual forma parte y con cierta disposición para procurar el bien del mismo. En este sentido, este pensador, llama virtuosa a toda acción realizada con el propósito de contribuir al bien público y vicio a toda acción egoísta y que vaya en detrimento de la sociedad. Es importante recalcar que mientras para Shaftesbury la virtud es posible sin abnegación y se realiza por medio de la disciplina, para Mandeville es inconcebible que de ser posible la virtud, se dé por otro medio que no sea la abnegación.

Con base en lo anterior Mandeville traerá numerosos ejemplos que demuestran que los hombres educados y de buenas costumbres no actúan de acuerdo con preceptos intrínsecos de la naturaleza, como Shaftesbury cree, sino que lo hacen por conveniencia, provecho o para evitarse problemas futuros pues por lo único que el hombre será capaz de moderar sus pasiones será por su propio provecho.

Uno de los ejemplos que utiliza Mandeville es el siguiente: si un hombre entregado a la metafísica afirma tajantemente que no le teme a la muerte, podría increpársele ¿por qué entonces en épocas de guerra no se une al ejército y defiende sin temor al país que habita? Contestaría, probablemente, que ama la vida tranquila que no tiene más ambición en la vida que ser un hombre bueno; o incluso, podría afirmar que no le teme a la muerte simplemente porque no la tiene cerca. La virtud, para nuestro pensador, está en un plano demasiado elevado e inalcanzable para el hombre pues cuando puede llegar a alcanzarla sólo podrá pensar en sí mismo, en el bien o mal que le causaría hacer o no hacer la acción y no llegará a la praxis. Incluso, la razón nos ayudará a justificar nuestra acción o inacción cuando podemos o no ser virtuosos, como en el caso del metafísico recientemente presentado; plantea Mandeville:

La virtud consiste en la acción y el que sienta ese amor social y ese benévolo afecto hacia su especie, y que por su cuna o calidad pueda reclamar algún puesto en los negocios públicos, no debiera cruzarse de brazos cuando puede servir, sino, por el contrario, esforzarse lo más posible por el bien de sus conciudadanos. Si esa persona noble hubiese sido de talante guerrero o de temperamento turbulento, seguramente habría elegido otro papel en el drama de la vida y predicado una doctrina completamente contraria, porque siempre empujamos a la razón hacia donde la pasión la arrastra y, en todos los seres humanos, el amor propio aboga por sus diferentes causas, proporcionando a cada uno los argumentos que justifiquen sus inclinaciones. (Mandeville, 2001: 301)

Sumado a lo anterior, es necesario plantear algo importante que, no ha de ser sorpresa, fue motivo de grandes críticas para Mandeville. Este autor plantea que no son las cualidades buenas, amables y naturales de los hombres las que le hacen un ser superior como criatura sociable a otros animales, sino que sería imposible transformar o educar a las multitudes de una nación rica, populosa y floreciente sin la ayuda de lo que se llama mal tanto natural como moral. Por lo tanto, se requiere del mal natural y

moral primero para que el hombre sea sociable y segundo que para que se pueda dar efectivamente una sociedad próspera, rica y populosa. Esta tesis que supone que para que haya bien es necesario mal es la que de fondo plantea Mandeville. Este mal cuando se trata del moral cuando se convierte el vicio puede constituir beneficios para la sociedad, como bien lo afirma Mandeville, más esto sólo se logrará mediante la hábil dirección de los políticos.

Antes de finalizar es importante retomar uno de los objetivos que se trazaron al inicio del texto y es valorar la vigencia de este pensador en el mundo contemporáneo. No son, en la historia de la filosofía, muchas de las corrientes o pensadores que encontraron en el vicio alguna utilidad, sino que por el contrario, el común denominador es la eliminación del vicio en tanto que no genera ningún provecho personal ni social. Mandeville reconoce y entiende el papel que el vicio juega en la vida moral del hombre y lo necesario que es para que una sociedad pueda prosperar, sin querer decir que las sociedades prosperan sólo debido a este. Ahora bien, podría increpársele entonces al autor ¿en qué beneficios puede redundar el vicio?, y ¿cómo el vicio puede llevar progreso a una sociedad?

Según Mandeville el criterio fundamental para que el vicio pueda devenir en beneficio público radica en que este pueda ser administrado y regulado por el Estado. Cuando el Estado consigue la centralización de los vicios privados puede generar cambios en la sociedad de carácter económico, político, social e incluso cultural. Para ilustrar lo anterior, tomaré brevemente un ejemplo histórico de un acontecimiento que se dio en el siglo XX en Norteamérica, la prohibición. En este momento, algunos grupos religiosos estadounidenses y el Movimiento por la Templanza tenían por objetivo regular el vicio y propender por las buenas costumbres. Es así como en 1917, a través de la *Ley Volstead* se prohíbe la venta, importación, exportación, fabricación y el transporte de bebidas alcohólicas en todo el territorio estadounidense.

La prohibición devino en grandes problemáticas para esta nación pues generó desempleo, violencia, contrabando, crimen organizado, consumo ilegal de bebidas alcohólicas y una de las consecuencias más importantes a resaltar es que la prohibición reconfiguró la forma de organización social. La clase media, por ejemplo, en un primer momento se organiza para defender estos ideales victorianos y evangélicos que pretendían la supresión del alcohol, no obstante, debido a sus nefastas consecuencias se unen, posteriormente, para abolir esta ley (Bosch, 2010). Finalmente, en 1933 se deroga la *Ley Volstead*.

Lo anterior sirve para ejemplificar que el vicio privado puede llegar a tener beneficios públicos y que no es necesariamente a través de la eliminación del mismo que las sociedades pueden reconfigurar sus dinámicas, ser ricas y prósperas. Aquellos vicios que el Estado pueda administrar tienden a desequilibrar a los monopolios, a generar empleo y en este sentido aportan al desarrollo económico de las naciones. Para cerrar este texto, me permito traer la cita final del ensayo *Investigación sobre la naturaleza de la sociedad* donde el autor sintetiza y recoge su propuesta, la cita reza así:

Ni las cualidades amistosas ni los afectos simpáticos que son naturales en el hombre, ni las virtudes reales que sea capaz de adquirir por la razón y la abnegación, son los cimientos de la sociedad; sino que, por el contrario, lo que llamamos mal en este mundo, sea moral o natural, es el gran principio que hace de nosotros seres sociables, la base sólida, la vida y el sostén de todos los oficios y profesiones, sin excepción: es ahí donde hemos de buscar el verdadero origen de todas las artes y ciencias, y en el momento en que el mal cese, la sociedad se echara a perder si no se disuelve completamente. (...) Con esta esperanza que me forja mi vanidad, abandono al lector con pena y concluyo repitiendo la aparente paradoja cuyo meollo he adelantado en la portada: los vicios privados, manejados diestramente por un hábil político, pueden trocarse en beneficios públicos (Mandeville, 2001: 248).

Bibliografía

- MANDEVILLE, B. (2001). *La fábula de las abejas o los vicios privados beneficios públicos*. Fondo de Cultura Económica; México.
- _____. (2007). *Una Humilde defensa de los burdeles públicos*. Siglo XXI. España.
- RÍOS, MARÍA CRISTINA. (2002). *Fundamentación ética del mercantilismo. Bernard Mandeville: la paradoja del vicio en la sociedad*. Publicaciones Cruz O. México.
- BOSCH, AURORA. (2010). *Los violentos años veinte Gánsters, prohibición y cambios socio-políticos en el primer tercio del siglo XX en Estados Unidos*, págs. 51-82. En: La historia a través del cine: Estados Unidos, una mirada a su imaginario colectivo.